

contenido, la substancia y el material con que elaboran y de que se nutren este arte y esta fuente de sensibilidad asocial, sin espíritu de clase? Crean una realidad y un mundo completamente ilógicos, arbitrarios, irreales, que son en sí mismos, por su gratuidad, por su intelectualismo, por su nominalismo expreso, un elemento y un valor estéticos, es decir, artísticos. Esta sensibilidad y esta moral, irónicas porque el círculo cerrado en que se mueven les permite, justificándola, toda negación, dan y estimulan, en el campo estético, rienda suelta al ingenio, al juego ilógico de la mente, al puro creacionismo, sin aceptar, más allá de los dominios y fueros propios de la creación estética pura, material ni obligación alguna. Por esto es que su única preocupación y norma artísticas, constantes, son, más que la revelación de un fondo humano y una lucha de pasiones, la perfecta diafanidad expresiva, la claridad formal, el juego ágil de las imágenes y las más atrevidas paradojas, es decir, el puro mecanismo de formas puramente artísticas.

Es a este género y fruto de esta preocupación, a que pertenece la novela poemática de Jaime Torres Bodet. Huérfana de pasiones, cincelada a puro perfil, diáfana imagería, hay en ella la cantidad posible de material humano, de realidad, de pasiones; es sobre todo el vacío, sin contar con previo acopio de materiales sobre los cuales construir y especular, que Jaime Torres Bodet ha escrito, con elegancia ágil y vistosa, su última obra, en la cual, aun el medio circulante de la trama poemática es de una lógica completamente iló-

gica, gratuita, puramente artística. Así, las imágenes, eminentemente plásticas, en arco, son creadas y fijadas por las palabras, no, a la manera recorrida del simbolismo, descritas por ellas, siendo la palabra en esta poemática, un elemento creador y sugeridor al propio tiempo. De ahí la claridad perfecta de esta prosa, tersa, precisa, de una gran plasticidad, por el uso ágil e ininterrumpido de las más atrevidas metáforas, cada una de las cuales encierra un interés estético y sugeridor plenamente logrado.

Novela sin personajes y sin argumento, despojada de todo anecdotismo, Jaime Torres Bodet ha hecho de *Margarita de Niebla* una filigrana bellísima, obra de consumado artífice. Si, como decíamos, las imágenes parecen descritas en arco, por su atrevida estructura y su curvatura paradójica, por lo que tienen de inesperadas, bien podría decirse de *Margarita de Niebla* y de su estilo, que son una teoría de arcos levantados sobre el abismo. Esta prosa, de centelleante agilidad, y la suggestividad intensa de cada imagen, hacen ostensible la maestría asombrosa a que ha llegado Jaime Torres Bodet dentro de este género poemático puro, y la ágil prestancia y facundia de su arbitrariedad creadora. Sin temas e incentivos que provoquen el interés, el interés en *Margarita de Niebla*, se sostiene, tenso y alerta, del principio al fin, dándonos al terminarla una sensación de cosa llena y plenamente lograda, sin huecos ni vaciedades. Y, conseguir esta sensación de compacta densidad especulando sobre el vacío, es, evidentemente, una empresa difícil de llevar a buen término.

Martí Casanovas

México, Octubre de 1927

LOS POEMAS DE BLANCA MILANÉS. — *Música Sencilla*.

Música sencilla, es decir, música del pensamiento y del corazón, de la fuente y la pradera, de la alegría y del dolor, del amor y de la esperanza. Música que va impregnando nuestro ser de una serena beatitud y que ahora es ritmo y luego es ensueño, luz y plegaria.

Música de la palabra que tiene cambiantes de zafiro, iri-

saciones de espuma e irradiaciones de estrella.

Se adivina en esta música la presencia espiritual del alma de la autora y la del poeta bien amado y la del artista que con el pincel, supo interpretar las modulaciones misteriosas de la palabra: algo así como un trío ritual, que nos recuerda el bajorrelieve antiguo del pórtico de un templo consagrado a Pa-

las Atenea, en donde la sacerdotisa oficia, el efebo ora y el artífice esculpe.

Música de las primeras lluvias y del brocal del pozo, donde «el sol cae verticalmente sobre el agua fresca y se goza en mirarse, extasiado, como una mujer enamorada».

Como bajo el cielo de Asís, aquí las florecillas silvestres expresan su baluceo y conciben la esperanza de un palacio floral, «donde ellas, por humildes, serán las primeras».

Pero en medio de esta música tejida con aromas, con murmullos y matices, aparece de tarde en tarde la voz del amor... y también la voz de la desola-

ción, que nos habla del «pozo seco que perdió su alma porque el agua es el alma de los pozos» y nos dice del amor verdadero que consiste en amar sin esperanza, y nos cuenta de ese otro amor afortunado, «que va llenando toda su vida como el chorro plateado que salta de la roca para colmar el ánfora de una campesina».

Blanca Milanés: su libro es un gracioso pomo que aprisiona con gracia y con cariño el alma, es decir, el aroma de muchas flores; aspirando ese aroma bien se puede interpretar el ritmo interior de esa «música sencilla» que brota de su corazón, como un manantial de agua pura y rumorosa.

J. J. Salas Pérez.

San José - Costa Rica.
Marzo de 1928.

El crimen de Alberto Lobo

He aquí una novela bien escrita e interesante.

El crimen de Alberto Lobo es un libro masculino: predomina en él la línea vertical fuerte y decidida. Está escrito con inteligencia y honradez, pero no con honradez adocenada—que para serlo como Dios manda se necesita sabiduría. Quién lo escribiera, es además un noble enamorado de su lengua, y así gusta verla aparecer en el escenario levantado por sus manos, moviéndose con armonía en un traje de corte sencillo y elegante.

El asunto es tomado de sucesos recientes; de hechos que ayer no más conmovieron nuestro país, y juzgados con serena ironía. El autor está muy bien enterado de los bajos fondos de dichos acontecimientos, y mueve sus figuras con los hilos justos que contrajeron o estiraron las acciones de los pobres fantoches humanos que figuraron como personajes en la tragicomedia ante la cual el tiempo acaba de bajar el telón. Nuestra pobreza espiritual, que en esa época brotara a la superficie como una erupción maligna, está admirablemente pintada en las páginas de la novela.

El capítulo II es el que a mi juicio vale más: es una galería de tipos de Costa Rica, pero que también deben abundar fuera de ella, hecha con mano maestra, en donde cada individuo es un retrato, no de una persona

dada, sino de un grupo de individuos que todos conocemos. Sonio Figón, el señor Mormón, Florio Gracián, Cirilo Bobín. Es en este capítulo en donde el autor asoma sin esbozo su sonrisa de discípulo de Anatole France. También en el capítulo VII, página 49, hay un párrafo que recuerda mucho la técnica del gran ironista francés, el esto de vestir el Ridículo con una toga de seriedad:

«A la entrevista acudió primero el señor Valentino. Encontró a Pacomib en su despacho del Ministerio de la Guerra, ante su escritorio de caoba con talladuras preciosas, sobre el cual estaban la espada de empuñadura dorada y el quepis galoneado con los simbólicos laureles. En las paredes había colgados varios retratos de generales ticonios y un cuadro, un mal cromo que representaba la carga de los coraceros en Reichshoffen. Allí estaba con su gesto fiero el bravo general Plácido. Plácido fué Presidente de Ticonia por una componenda familiar, es decir, que recibió la presidencia a manera de herencia; de su paso por el gobierno dejó la impresión de ser un hombre sencillo, que gustaba de las alegrías populares: le encantaban el ron, la gallera y los tamales con chile. Estas aficiones que fueron calificadas de eminentemente democráticas, le valieron una enorme popularidad. La leyenda recordaba a los tico

nios las glorias del general Plácido, cuyas charreteras brillaban con la misma virginal aureola que resplandecía en la hoja toledana de su espada gloriosa que no conoció nunca la derrota ni se doblegó jamás ante el enemigo. El general Plácido jamás fué derrotado porque nunca pudo demostrar a los ojos del mundo el genio militar que lo distinguía, a cau-

sa de que nunca se le presentó una ocasión propicia. ¡Hay tantos genios ignorados! »A mí me parecía leer una página del cuento *La camisa del hombre feliz*.

El pseudónimo, Lorenzo Jiménez, bajo el cual se vela el autor es como una puntita de misterio que añade sazón a este libro, en cuyas páginas se ha complacido mi pensamiento.

Carmen Lyra

Abril de 1928.

Un sabio indio: Sir Jagadis Chandra

—De *El Mercurio*, Santiago de Chile.—

ESTÁ de nuevo allá arriba, en la meseta de limpio aire y cabales silencios, haciendo un trabajo singular, Sir Jagadis Chandra.

Vino a Europa este extraordinario hombre de color, habló en Ginebra y en París y estuvo de paso en nuestro Instituto, en el cual representa a su India desdeñada y profunda.

Yo veo todavía sus lentas manos asiáticas levantando la planta menuda en la que comprobaba el corazón y el responsable de los nervios, ante el público mundano y escéptico, que se convencía toque a toque. No sólo una sensibilidad vaga y sorda, sino un rico sistema nervioso posee el vegetal, comenzando desde las hierbas vulgares.

El aplicaba los reactivos y veíamos a la planta responder con dulzura, con violencia, languidecer y pasar en su propio acabamiento.

Miraba yo con el más profundo respeto al hombre de la India «perezosa y confusa», que dice Massis, vindicar con ciencia, purificar con prueba, su religión veneradora del árbol en cuanto a criatura semiconsciente o consciente entera. Era un brahman de 1927, que llegaba a Europa a establecer que el indio no habrá tenido razón en adorar al árbol, pero que la ha tenido, sobrenaturalmente, en señalarle rango de vida individual y posibilidad de conciencia, situándolo lado a lado con el animal maravilloso.

El público de París, mitad de sabios, mitad de charlatanes, a los que cualquier espectáculo llama, Josefina Barker o Berg-

son, había ido a verlo como a un fakir y se hallaban con un sabio ¡y qué sabio!

Trabaja con sus hierbas abortas a la mayor altura de la India, donde la atmósfera no contiene trepidaciones que puedan conmovier a la planta y engañarlo con falsas vibraciones; ha buscado los mismos silencios absolutos de Buda para la oración y su trabajo, — que yo no sé si él ha puesto bajo el signo budista o brahmanico — va a corroborar en este punto a las religiones asiáticas. La fábula se ha volteado; muestra el flanco de la prueba y entra como otras entraron en el meridiano de la comprobación: la planta está hecha bajo la norma del hombre, recoge sonidos, palpa el aire con una red organizada de hilos atentos y el choque más sutil le cae lo mismo que a nosotros (como a una mujer y a un niño) sobre el corazón que es la unidad.

Años y años de este retiro de cartujo al revés, le cuesta la investigación. No se parece su aventura a la de los Pasteur, ni a la de los Berthelot, sino a la de los Jerónimos o los Mahomas del desierto, que regresan con una cosa nueva y contaron cómo la Gracia les ayudó en la soledad en cuanto lavaron su oreja de estrépito y su ojo descansó en una sola cosa.

Allá está ahora de nuevo, confortado por lo aceptado del occidente, y yo le miro la mano que levanta el tallo con una delicadeza de cortador de cristales, y el ojo asiático que mira al trasluz el inédito corazón vegetal.

Gabriela Mistral

Aignes Mories, Setbre. de 1927.



Qué hora es...?

Muchas veces me he quejado ante usted, tan comprensivo entre los pedagogos, de que los hombres de su gremio encargados de preparar la vida futura no suelen enterarse de las cosas sino cuando son ya pasadas.

José Ortega y Gasset

La escuela y la vida

—De *La Nación*, Buenos Aires.—

RELEYENDO de cuatro en cuatro páginas, más bien por gozar de las excelencias de la frase, en autor de tan ricas prendas de claridad y elegancia, y por matar el tiempo, que con ánimo de analizar sus ideas, la obra de Otto Jespersen sobre la manera de enseñar idiomas (*Sprogundervisning*), tropecé con dos frases, la una tan vieja que parece un lugar común muerto por su propia evidencia, y la otra igualmente cierta, pero menos traída y llevada que la primera. En la introducción a su precioso libro dice Jespersen: «La escuela debe equipar adecuadamente a la juventud para la vida, y el maestro no debe, en atención a las exigencias del examen, ponerle obstáculos a ninguna actividad que de cualquier manera realce los valores vitales». Es una antigua verdad expresada en formas no exentas de novedad y atractivo. Más adelante, citando Jespersen a Gabelentz, un autor alemán de extensa fama, por su obra sobre la *Ciencia del lenguaje (Sprachwissenschaft)*, trae las siguientes palabras: «Gentes parlanchinas y dueñas apenas de un estrecho círculo de ideas son, para el principio, los mejores maestros». Poniendo juntas estas dos citas aparece como falsa la vía que durante seis mil años está siguiendo la especie humana en la formación de la juventud. Desde luego es erróneo el principio de educar al niño para la vida. En mi concepto, la educación debe tener por objeto desenvolver hasta donde sea posible las capacidades intelectuales del alumno, no con el objeto insubsistente de hacerle un sabio, sino de dejarlo crecer armónicamente. Las nociones que se le impartan son a la inteligencia como los movimientos musculares en la calisténica son a la estructura corporal. El chico no va a ser un volatinero porque hace pueretas; ni tampoco un profesor de geografía o botánica, porque

aprenda la dirección de las cordilleras o el orden y el nombre de los verticilos. En materia de disciplina mental y desarrollo corpóreo el niño ha de ser educado como la fiera educa al cachorro para la vida en los bosques. Rapidez de pensamiento para asir la presa; fuerza muscular para retenerla y devorarla, serían el objetivo natural del pedagogo y de la tigre con prole si la vida humana fuese una lucha a muerte entre los individuos de cada tribu y entre las tribus unas con otras, como lo aseguran graves filósofos desde hace muchos siglos y lo siguen creyendo las gentes que desconfían de la inteligencia humana. Pero como las gentes de poca inteligencia son muchas y esas tienen graves fundamentos para desconfiar de sus recursos mentales, la teoría de la lucha por la vida tiene numerosos prosélitos. La vida, sin embargo, no es una lucha. De ella hacen un combate a ultranza precisamente los incapaces. La competencia brutal en que ha venido a convertirse la existencia humana con el exceso de población en algunas comarcas y la injusticia de las leyes a cuya sombra crece cada día la desigualdad de las fortunas y se dificulta para el mayor número el acceso a las oportunidades naturales, la competencia brutal, repito, no procede de los grandes talentos, sino de las inteligencias adocenadas. Con razón exclama Nietzsche: «¡Estos ingleses no son una raza filosófica!... Hay verdades que son mejor entendidas por las capacidades medianas, porque éstas y aquéllas son conmensurables entre sí; hay verdades que sólo tienen fascinación y encanto para espíritus mediocres: con esta incómoda frase, sigue diciendo Zaratrasta, habrán chocado ya mis lectores, desde que la inteligencia de respetables y adocenados ingleses (me refiero a Darwin, John Stuart Mill y Her-